

# en los Andes



donaron sus casas, llevándose lo poco que podían llevar consigo de entre lo poco que tenían.

Si todo hubiera desaparecido o hubiese sido enterrado por el desmonte de mineral, la contemplación terminaría en forma cruel, pero definitiva, y nos alejaríamos con una exclamación terminante: ¡Aquí existía un pueblo! Pero esto es diferente, es acercarse tan rápido como se tiene conciencia de las cosas que nos rodean, es volver a sentir el sabor infantil, es escuchar ruidos casi olvidados y hasta tocar, tocar las mismas ruinas, a las cuales quedan adheridas historias de los domingos bullangueros, de las conversaciones en las esquinas concurridas, o de las constantes huidas de la realidad a la sombra de cualquier rincón apartado.

Aunque ya no existen habitantes por aquí, se siente un reclamo silente pero contumaz que asoma detrás de los escombros o se concentra en los recovecos de las calles mutis; sin duda que están dirigidas a quienes formamos parte de algunos pasajes, de historias interrumpidas por las partidas intempestivas, y que ahora se han convertido en visiones que parecen haber escapado del mundo de los sueños. Comprendemos que todo esto no puede ser sino parte de un antiguo esfuerzo por permanecer un poco más entre nosotros, lo que nos impele a volver hacia atrás, y ya me encuentro sentado en el poyo de la tienda durante la larga penumbra que se da entre el final de la tarde y la llegada de la noche, observando la mirada ajena de aquellos rostros sin vida, de la gente que baja por la estrecha senda abierta sobre la grava, apresurada, como tratando de adelantarse a la oscuridad que se cierne sobre ellos, y sobre nosotros, esperando en vano reconocer en alguno de ellos un rostro conocido. Como todas las tardes ellos pasan de largo espetando en forma de saludo, a los adultos que están al lado, un sonido maquinal, duro. Hoy, la impenetrabilidad y la solemnidad de su conducta, me llevan a sostener que los viejos de antes eran más viejos que los de ahora.

En tanto continúa la romería de rostros adustos en esta tarde sin luz, recibo de enfrente, al ruido metálico producido en el parque infantil, la gritería en la puerta del cine o del teatro, e imagino una vez más la presentación del gigante Camacho sosteniendo un toro sobre los hombros, y otras demostraciones inolvidables. Ya no puedo detener el recuerdo, que en forma autónoma recorre por aquel tiempo hasta retornar al principio, aquella primera vez que llegué a este pueblo risueño y vi y comí gran cantidad de tunas verdes dispuestas en una inmensa fuente de color azul sobre la mesa agrietada, junto a las pasacanas más dulces y de pepas más menudas. Este pueblo nació y vivió como el apéndice del centro minero más importante del siglo XX, el que dio lugar al nacimiento del Rey del Estaño, a la formación de un imperio económico y a otros hechos trascendentales del siglo pasado. El pueblo representaba para los habitantes de aquella floreciente empresa lo que seguramente Pompeya era para los visitantes oca-

sionales de la antigua Roma, el lugar donde podían disfrutar de las quintas de recreo en las tardes soleadas: sólo que aquí la música nacía en los pianos y de los dedos ágiles de un ciego y de sus émulos, y donde sus acordes dulzones, con sabor a picantes y abundante chicha amarilla, desbordaba los locales para introducirse incontenibles en las casas vecinas o para perderse en las calles breves de este pueblo pequeño. Ahora sólo queda el recuerdo de la actividad y de la música de aquellos fines de semana frenéticos. Ya no están más los ojos azules que inspiraron los ballicitos alegres o las cuecas provocativas, que han enriquecido el acervo musical de aquella época, y que actualmente resultan imprescindibles en los carnavales y fiestas del pueblo.

Y luego vino la tormenta, en forma sorpresiva e incontrolable; y sin revelaciones ni profecías, llegó el Apocalipsis a los Andes, y como tal acabó con sus habitantes y con toda especie viviente. Sobre la base del común denominador del nivel de subsistencia de la gente que habitó este lugar, cabe la sospecha de que el pecado de sus habitantes pudo haber sido atreverse a vivir de la economía marginal de la explotación minera. Como fruto del lento periodo apocalíptico sólo queda la nada, la que sin perturbación alguna, y sin movimiento perceptible, rodea y llena los rincones vacíos del pueblo. Se la puede distinguir por las cosas que ya no están y por las sombras que se extienden sin límite. Sólo en un paisaje de los andes puede observarse algo semejante, no ha quedado ni un ser viviente, ni asomo de vegetación. Ya no crece ni la paja brava, que es como la vegetación artificial de la puna. Por el color plomizo que cubre la quietud y por la nada que está en todas partes, se muestra como el paisaje congelado de un planeta abandonado, sin vida.

En medio de los escombros grises y el abandono ya tangible, tenemos la impresión de que estamos en el fin de tiempo, o que nos encontramos situados en la antípoda de aquel lejano periodo antediluviano, lo que provoca un remezón íntimo, instantáneo, que no sabemos cuánto tiempo necesitara para quietarse.

Ya no es el pueblo que dejamos la última vez, ni resulta fácil abandonar este lugar sin haber asimilado completamente sus evocaciones. El retorno es más complicado para quienes vivimos su esplendor, debido a la ofuscación que produce la comprensión temporal, al haber visto tanto en tan poco tiempo.

**Jorge Evaristo Vargas. Escritor. La Paz.**

donado por sus habitantes, descubiertos comprendemos es, sin tiempo para enterrar resulta inquietante que en o por entre lo que queda del s, no hayamos encontrado a los moradores de este á que la misma soledad del e una tumba sin muerto es entención? ¿Todo esto no es abandonado? Sabemos lo ites, pero, ¿qué han hecho ambién se fueron, es decir, bieron irse antes, un poco s por lo que veían precipitar que por lo menos esté o, donde poder descansar paz eterna para sus almas. el alma del pueblo, el de día del proletariado haya speranza hacia el lugar de

nguna furia extraterrestre, cida la que provocó esta ie el tiempo el responsable; antiguos que crecen incon- bsisten. La causa fue otra. internacional del mineral, o aparecer y florecer este consiguiendo desaparición, ada que las detenga, aban-